

II

Morange, el jefe de escritorio, era un hombre de unos treinta y ocho años, calvo, con el pelo gris y con una magnífica barba negra, de la que se mostraba muy orgulloso. Sus ojos grandes y hinchidos, su nariz recta, su boca de perfecto dibujo, aunque un poco grande, le había valido fama de guapo en su juventud. Y aun se cuidaba mucho de su persona, llevaba siempre sombrero de copa y tenía el aspecto de un empleado meticaloso y elegante.

Era hijo de un modesto empleado que había muerto después de cuarenta años de ir diariamente a la oficina, y se había casado con una joven de su misma esfera social, Valeria Duchemin, hija también de un empleado de corto sueldo, que, a consecuencia de tener tres hermanas más, había presenciado durante su niñez y su juventud, en el hogar paterno, el espectáculo de esas niñerías que no se confiesan, pero que son muy dolorosas. Valeria, que era la mayor de las hermanas, muy linda y ambiciosa, al conseguir casarse sin dote con aquel buen mozo, había esperado que en lo porvenir le sería doble subir de categoría, apartarse para siempre de aquella sociedad de modestos empleados, que aborrecía. Esperaba poder hacer de su hijo un médico o un abogado. Por desgracia, no nació un hijo sino una hija, Reina, y Valeria quedó horrorizada, pues se le apareció el espectro de su madre con sus cuatro hijas y su secuela de miserias. Desde entonces cambió de idea. No quiso dar otros hermanos a Reina, y soñó con empujar a su marido hacia una posición

más alta, dotar ricamente a Reina, casarla con algún personaje, y por ella penetrar al cabo en el seno de esa sociedad de burgueses ricos, a la que por sí misma no había podido llegar. Morange, afectuoso, enamorado y de muy mediana inteligencia, no veía sino por sus ojos y acabó por ser ambicioso como su mujer. Hacía ya ocho años que estaba en casa de Beauchéne y no ganaba sino cinco mil francos; de suerte que el matrimonio empezaba a desesperar del porvenir y a pensar que con aquel empleo no era donde mejor podía ganarse una fortuna.

—¿Creo que no ha estado usted en nuestra nueva habitación?—dijo a Mateo.—Es muy hermosa, ya verá usted. Hay un cuarto para Reina, otro para nosotros. Además está a dos pasos de la fundición. ¡Mire usted!—añadió después de andar unos trescientos metros por el boulevard Grenelle,—es esa casa nueva, en la esquina de aquella calle. ¿No es cierto que tiene buen aspecto?

Mateo vió una de esas grandes construcciones modernas, adornadas de balcones y esculturas, que se destacaba entre las otras viviendas, que eran para obreros y aparecían destartadas y ruinosas.

—¡Si parecé un palacio!—exclamó para dar gusto a Morange, que se infló.

—Ya verá usted la escalera... Verdad es que habitamos en el quinto; pero con una escalera como ésta, se sube sin sentir.

Hizo penetrar a su invitado en el vestíbulo como quien entra en un templo. Las paredes, estucadas, relucían; había una alfombra en los peldaños y cristales de colores en las ventanas. Al llegar al quinto piso, después de abrir la puerta, repitió:

—Ya verá usted, ya verá usted...

Valeria y Reina, que les esperaban, aparecieron.

A los treinta y dos años, Valeria estaba muy hermosa y parecía muy joven: era una morena graciosa y amable, con una cara redondita y sonriente. Quizá su pecho tenía excesivo desarrollo; pero sus hombros eran admirables y Morange se extasiaba ante ellos cuando los dejaba ver un vestido escotado. Reina que tenía entonces doce años, era el vivo retrato de su madre, con el mismo rostro agraciado y con el mismo pelo oscuro y brillante.

—¡Ha sido usted muy amable aceptando nuestra invitación!—exclamó alegremente Valeria, estrechando ambas manos a Mateo.—¡Lástima que la señora Froment no haya podido acompañarle: Reina, toma el sombrero del señor!

Y añadió en seguida:

—Ya ve usted qué clara es la antecámara... Mientras ponen el almuerzo, ¿quiere usted ver la habitación? Será trabajo hecho y al menos sabrá usted dónde almuerza.

Mateo se prestó de buena gana a tan inocente alarde de vanidad. Penetraron primero en el salón, tapizado de papel color de perla con flores doradas, amueblado con sofá y sillas y demás muebles de laca blanca, estilo Luis XIV, entre los que el piano de palisandro destacaba su masa negra. Después el cuarto de Reina, con papel azul pálido, el mueblaje de la niña era de melis barnizado. La habitación del matrimonio, tapizada de amarillo, era bastante reducida, y entre la cama, el armario de luna y el tocador, apenas quedaba sitio para resolverse. Por último, en el comedor, los muebles eran de encina, como quiere la tradición, y un aparato de gas muy complicado, muy brillante, muy dorado, fulguraba como un sol de oro sobre los blanquísimos manteles.

—¡Es admirable! ¡Es una verdadera maravilla!

—exclamó Mateo, en tanto que el padre, la madre y la hija, entusiasmados, le explicaban los más nimios detalles, le hacían palpar y apreciar todos los objetos.

Lo que admiraba más a Mateo es que pareciale que en aquella casa donde no había estado nunca, todo parecía dispuesto según un orden que le era familiar. Luego recordó. Aquellas gentes, sin darse quizás cuenta, habían imitado en lo posible a los Beauchéne, que se les antojaban la última palabra de la distinción burguesa. Ellos, de posición muy modesta, no podían disponer sino de un lujo de pacotilla, pero de todas maneras se daban por satisfechos con aquel lujo, y creían aproximarse a las clases superiores imitándolas según sus medios.

—Mire usted también eso,—dijo Morange abriendo la ventana del comedor.

El panorama que desde aquella altura se descubría, era verdaderamente espléndido. El Sena aparecía a lo lejos y las alturas de París, iluminadas por un sol de Mayo, alegraban la vista. Esta era la misma que se descubría desde casa de los Beauchéne; pero más amplia.

Valeria lo hizo notar.

—¿No es verdad que es grandioso? Esto vale más que los cuatro árboles que se ven desde los boulevards.

La criada puso huevos pasados por agua en las hueveras; sentáronse todos y Morange explicó que la casa le costaba mil seiscientos francos. Era poco y era mucho, dado su sueldo. Mateo comprendió que le habían invitado principalmente para hacer ostentación de su instalación y no lo llevó a mal al notar el placer que proporcionaba a aquellas buenas gentes. No sintiendo por su parte ninguna ambición, no envidiando el lujo que veía en otras

partes, satisfecho de su hogar con Mariana y los niños, se admiraba sencillamente ante el espectáculo de aquella familia torturada por el deseo de figurar y enriquecerse, y la miraba con sorpresa y con algo de tristeza al mismo tiempo.

Valeria llevaba un traje de fino fulard con florecillas amarillas y Reina uno de tela azul muy sencillo y elegante. El almuerzo era demasiado caro. Después de los huevos sirvieron lenguados y chuletas y luego espárragos. Se habló muy pronto de Jonville.

—¿Los niños están bien? Son muy hermosos y robustos. ¿Y... les gusta a ustedes el campo? Yo creo que me aburriría. Faltan distracciones... Tendremos un verdadero gusto en ir allá, ya que la señora Froment es tan galante que nos invita.

Luego, fatalmente, la conversación recayó en los Beauchéne. Era aquella familia una verdadera pesadilla para Valeria. La admiración que sentía por ella no estaba exenta de toda crítica. Valeria, muy satisfecha porque Constancia la recibía en sus jueves de recepción y la había invitado a comer dos veces durante el invierno precedente, señaló a su vez los martes para recibir a sus amigas y se arruinaba a fuerza de comprar pastelillos. Hablaba también con un respeto profundo de la señora Seguín del Gordel, del magnífico hotel de la avenida de Antín, al que la había hecho invitar Constancia una noche de baile. Más respetuosa se mostraba todavía y más agradecida a la amistad de Serafina, hermana de Beauchéne, que no nombraba jamás sino diciendo: la señora baronesa de Lowicz.

—Ha venido una noche en mi día de recepción. Es muy buena y amable. Supongo que la habrá usted conocido cuando después de su pelea, se reconcilió con su hermano. Ella y la señora Beauchéne no se pueden tragar.

Volvió a hablar de ésta. Afirmó que su hijo, aun cuando robusto en apariencia era muy débil. ¡Qué desgracia si llegaba a morir aquel hijo único! Añadió que sabía de ciencia cierta que la señora, más que el marido, era la que se oponía a ello. Y con palabras cubiertas, a causa de Reina, que miraba cándidamente el plato, explicó que tenía una amiga que no quería hijos y su marido sí; pero la mujer se lo arreglaba de modo que los hijos no venían.

—Me parece,—dijo Mateo riendo,—que ustedes se arreglan también.

—¡Oh! —exclamó Morange,—¿cómo vamos a compararnos nosotros con los Beauchéne, que son ricos? Que me den su fortuna y su posición y me importará poco tener un batallón de chiquillos.

—Además,—dijo Valeria, estremeciéndose,—¡para tener otra hija! Si estuviéramos seguros de tener un muchacho, quizá caeríamos en la tentación; pero me parece que yo sería como mi madre, que tuvo cuatro hijas, y esto me da miedo. No puede usted figurarse lo horrible que es eso.

Durante un momento que bajó los párpados tuvo la visión del hogar paterno, con las cuatro chicas delgadas, pálidas, consumidas, aguardando meses y meses antes de poder estrenar unas botas, un vestido, un chal. A las hijas es forzoso dotarlas.

—No, no,—añadió.—Seríamos culpables agravando nuestra situación. Cuando hay que hacer fortuna es un crimen procrear. No le oculto que soy muy ambiciosa por mi marido, y creo que si quiere escucharme llegará a tener un alto empleo; y la idea de que puedo estorbarle, ahogarle a fuerza de chiquillos, como le pasó a mi padre, me inspira un miedo indecible. Mientras que, evitando

ese escollo, espero que llegaremos a dotar a Reina, después de haber hecho fortuna.

Morange, muy conmovido, cogió la mano de su esposa y la besó. Valeria era su voluntad a más de ser su amor, y era la que le había inspirado la ambición de que ya sentía la mordedura.

—Le aseguro, Froment, que mi mujer es una verdadera alhaja; tiene inteligencia y corazón.

En tanto que Valeria traducía en palabras su sueño de fortuna, los bailes, las recepciones, el palacio, la quinta junto al mar, Mateo les miraba y reflexionaba. No eran como Moineaud que sabía no llegaría a ministro. En una democracia, todo burgués, por modesta que sea su posición, puede y quiere elevarse y la multitud se atropella y cada cual, en su ansia feroz de subir un escalón más, pisa o derriba al vecino, sin cuidarse del dolor que causa, de las heridas que infiere. Esa ascensión general, ese fenómeno de capilaridad sólo es posible en un país de igualdad económica ya que cada cual tiene iguales derechos a poseer una fortuna, y para conquistarla se traba el horrible combate en que el atroz egoísmo es el arma más poderosa. Un pueblo que tiene una constitución democrática, no puede vivir feliz sino a condición de que las costumbres sean más sencillas y las condiciones casi iguales. De otra suerte, todos se largan al campo de las profesiones liberales, al asalto del poder y de las riquezas que lo dan; hay quien no aspire a ser funcionario, el trabajo manual les envilece y todos aspiran al lujo y los honores para gozar sin tregua ni descansar así como otros padecen. Como lo decía Valeria para ser soldado en tal batalla no convenía tener hijos, era preciso tener libres los miembros para pisotear más fácilmente a los vencidos.

Pensaba también Mateo en el instinto de imi-

ción que hace que los menos afortunados empobrezcan queriendo copiar a los dichosos. ¡Cuánta miseria en el fondo de ese lujo envidiado, imitado, pagado a precio tan caro! Se crean una porción de necesidades inútiles, la producción se echa a perder por ellas, que la desvían de lo necesario y beneficioso. No es verdad que falte pan a las gentes; lo que les falta es lo superfluo, al cual no pueden renunciar sin creerse caídos y en riesgo de perecer de hambre.

A los postres, cuando se hubo retirado la criada, Morange, expansivo a causa de los buenos manjares ingeridos, mirando a su mujer y guiñando un ojo, dijo:

—Mateo es un buen amigo, y podemos decirselo.

—Pues, querido, es muy posible que pronto deje la fundición. Aun no estoy decidido; pero pienso en ello... Sí, pienso en ello hace mucho tiempo, porque ganar cinco mil francos, al cabo de ocho años de trabajar con verdadero celo, no es cosa muy halagüeña.

—Es monstruoso,—dijo Valeria;—tanto vale estrellarse la cabeza contra una pared.

—Dada esta situación, lo mejor es buscar por otra parte. ¿Recuerda usted a Michaud, ese joven que he tenido a mis órdenes en la fundición hace unos seis años? Pues hace cinco que está en el Crédito Nacional. ¿Sabe usted lo que gana? Doce mil francos, ¿lo oye usted? ¡doce mil francos!

Esta cifra produjo el efecto de una bomba. Los cónyuges estaban extasiados. Hasta la chiquilla se puso colorada de contento.

—Hace un par de meses que encontré a Michaud y después de contarme lo que a él le había pasado, me ofreció su apoyo para entrar en el Banco. No hay más que una pequeña dificultad. Que se

entra con tres mil seiscientos francos y no de otra manera. Luego se sube, se alcanza un gran sueldo. Pero ¿cómo nos las compondremos con tres mil seiscientos francos ahora que este piso nos cuesta tanto?

Valeria intervino impetuosamente.

—¡Quién nada arriesga nada gana! Soy prudente y procuraré siempre que no pueda comprometerse nuestro porvenir; pero tampoco quiero que se pase toda la vida en una situación indigna de él.

—¿De modo que está usted decidido?—preguntó Mateo.

—Puede decirse que sí. Mi mujer ha hecho todos los cálculos y, a menos de algo imprevisto, pondremos por obra nuestra idea. Pero no habrá plaza hasta octubre... Le ruego a usted que me guarde el secreto, pues no quisiera pelearme con los Beauchéne.

Miró el reloj, porque era muy puntual y no le gustaba entrar a destiempo en el escritorio. Sirvióse el café y lo tomaban casi ardiendo para abreviar, cuando llegó una visita que puso fuera de sí al matrimonio y le hizo olvidar todo.

—¡Oh!—exclamó Valeria encarnada de orgullo, —¡es la señora baronesa de Lowicz!

Serafina era una mujer de veintinueve años, alta, robusta, elegante, con un pecho admirable, que conocía París entero. Era roja de pelo, tenía sangrientos y hermosos los labios que siempre sonreían y en sus ojos oscuros estriados de amarillo, brillaba una llama de inextinguible deseo.

—No se incomoden... La muchacha quería hacerme pasar al salón; pero yo he entrado aquí porque voy de prisa. Vengo a buscar a la linda Reina para llevarla a una función de tarde al Circo.

Hubo una nueva explosión de alegría. La niña estaba entusiasmada y la madre aun más.

—¡Oh! ¡señora baronesa!... Va usted a mimar demasiado a esta pequeña. Lo que siento es que tendrá usted que aguardar un instante, porque hay que vestirla... Dentro de diez minutos está lista. ¡Ea! ¡Date prisa!

Al quedar sola con los dos hombres, Serafina, que había hecho un movimiento de sorpresa al ver a Mateo, se adelantó hacia él tendiéndole la mano.

—¿Está usted bien?

—Muy bien.

Y como se encontrara muy cerca de él, hizo un movimiento involuntario para retirarse, poco contenta del encuentro.

Mateo la había conocido íntimamente años atrás, al entrar en casa los Beauchéne. Era una neurótica sin conciencia ni moral. Atrevida y fuerte, parecía creada por la voluptuosidad. Desde muy joven había patentizado la perversión de sus sentidos. Se contaba que a los quince años, en un baile, se había entregado a un desconocido. Luego vino el escándalo de su matrimonio con el barón de Lowicz, su fuga en brazos de aquel estafador, hermoso como un arcángel. Un año después paría un niño muerto. Un aborto, según se decía. Al heredar a su padre, queriendo satisfacer con toda libertad su ansia de placer, arrojó a su marido de su casa. El, perdido, fué a Berlín y allí murió en una riña de taberna. Desde entonces se entregó por entero a sus pasiones. Iba a todas las fiestas, a todos los teatros, a todas las reuniones. Se murmuraban muchas historias, muchos caprichos de una noche sin mañana, su insolente decisión, cuando un hombre la gustaba, en poseerlo acto continuo, de cualquier manera; su frenesí amo-

roso, jamás satisfecho ni aun llegando al delirio de la sensación; pero como guardaba las apariencias y no se mostraba en público con ningún amante, continuaba siendo bien recibida en todas partes, rica, bella, cortejada y amada.

—¿Y usted vive en el campo?—preguntó volviéndose de nuevo hacia Mateo.

—Sí; desde hace tres semanas.

—Constancia me lo dijo. La hallé el otro día en casa de la señora Seguin. Ya sabrá usted que ahora somos muy amigas desde que doy buenos consejos a su hermano.

Su cuñada la odiaba, y ella, que lo sabía, se burlaba sin compasión, acostumbrada como estaba a no respetar nada.

—Se habló del doctor Gaude, ese famoso cirujano que tiene un remedio infalible para suprimir los embarazos y los chiquillos. Creí que me iba a preguntar la dirección; pero no se atrevió.

Morange tomó la palabra.

—Sí, ya he oído nombrar a ese cirujano. Una amiga de mi mujer nos ha hablado de él. Parece que es un hombre que abre un vientre como si fuera un armario. Mira dentro, saca lo que le conviene, y la mujer queda curada. Es maravilloso.

Dió otros detalles; habló de la clínica que en el hospital Marbeauf tenía Gaude, a donde iba la gente a presenciarse las operaciones como se actuaba al teatro. El doctor no desdenaba el dinero, se mostraba muy codicioso con los clientes ricos y en cuanto a la gloria, que tampoco despreciaba, hacía operaciones arriesgadísimas en la persona de los clientes pobres. Los periódicos hablaban sin cesar de él, que procuraba dar publicidad a las operaciones felices para que afluyeran clientes. Castraba una mujer en un periquete, como

se castra un gato, y no sentía ni la sombra de un remordimiento. ¿No ahorra sufrimientos, suprimiendo vidas?

Serafina se echó a reír, enseñando unos blancos dientes de boba, viendo el espanto y la indignación de Mateo.

—He ahí uno, amigo mío, que no se parece al doctor Boutan, que aconseja tener un chiquillo para curar muchas enfermedades que padecemos las mujeres. Lo que me extraña es que Constancia siga haciéndose visitar por ese médico pacato, ella que de continuo se palpa el vientre para asegurarse de que no está embarazada. Y la verdad es que tiene razón... ¡qué porquería! ¡qué horror!

Pero Morange, que reía con complacencia para demostrar que él compartía esas ideas, estaba impaciente al ver que no aparecían Reina y su madre. Pidió permiso para ver en lo que consistía el retardo.

Apenas quedó sola con Mateo, Serafina fijó sobre éste sus grandes ojos ardientes estriados de oro. No reía ya y su rostro atrevido parecía iluminado por una luz de voluptuosidad, que acentuaba el reflejo de su pelo rojo. Hubo unos momentos de silencio como si la hembra hubiese querido turbar a Mateo y vencerle.

—¿Mi prima Mariana está buena?

—Muy buena.

—¿Y los chiquillos continúan creciendo?

—¡Ya lo creo!

—¿Y es usted dichoso, como buen padre de familia, en aquella barraca?

—Muy dichoso.

De nuevo callaron. Ella le miraba cada vez más provocadora y lasciva, con encanto de maga, cuyos ojos requeman los corazones. Al cabo dijo:

—¿Ha terminado, pues, todo entre nosotros dos?

Con un gesto dijo él que sí.

La historia de esos amores era ya antigua.

Tenía diecinueve años y acababa de entrar en la fundición cuando ella, que tenía veintidós y estaba casada hacía poco, se entregó en un momento que estaban juntos. Mateo no había podido resistir la voz de la carne y sus citas continuaron hasta que, a punto de casarse con Mariana, había roto con aquélla.

—¿Acabado? ¿Acabado del todo?—repitió Serafina.

Estaba encantadora y el deseo que sentía la hacía irresistible. Nunca la había visto tan bella, tan inflamada por el deseo de la inmediata posesión. Se ofrecía con altivez soberana, segura de que daría tanto por lo menos como lo que recibiría. Aquello era lo único que, a su juicio, valía la pena que causa vivir. Y lo hacía por pura diablura, por apartar del buen camino a un hombre, para causar pena a un pariente débil y pobre, para hacer que corrieran sus lágrimas.

Y como quiera que Mateo no contestaba, sin enfadarse, añadió:

—Prefiero eso; prefiero que no diga usted que ha terminado todo. Conmigo no se termina jamás. ¡Cuando quiera, ya lo sabe! Hoy, mañana, cualquier día que llame usted a mi puerta. ¿Ya sabe donde vivo? Le espero.

Los ojos de Mateo relampaguearon y los cerró para no ver a Serafina que se inclinaba hacia él ardiente, olorosa. Y entre las sombras de sus párpados, vió las habitaciones del entresuelo que Serafina ocupaba en una casa que poseía en la calle de Marignan. Tenía expresamente para ella una puerta que daba paso a unas habitaciones con do-

ble alfombra, cargadas de perfumes. Una mujer introducía allí los hombres sin decir una palabra, desapareciendo como una sombra. Mateo creía respirar todavía el perfume penetrante que le había trastornado años atrás.

—Te espero,—repitió muy bajo tocando casi sus labios con los suyos.

Y como retrocediera él, avergonzado de tener que rehusar una mujer deseable, creyó ella que iba a decir que no de nuevo y le puso vivamente sobre la boca su mano pequeña y perfumada.

—Cállate, ahí están. Y sábetete que yo no necesito de Gaude; conmigo no hay riesgo de chiquillos.

Los Morange volvían al cabo con Reina. Su madre la había rizado y con un vestido rosa claro adornado de encajes blancos, con un sombrero del mismo tono que el vestido, con las cocas obscurísimas de su pelo, su carita tenía la delicadeza de una flor.

—¡Oh, qué hermosa!—exclamó Serafina;—me la van a robar.

Luego la besó con transporte, fingiendo que sentía no tener una hija como aquella.

—¡Qué lástima no tener un tesoro parecido! ¡Si estuviera una segura de que iba a tener una niña como esa!... Tanto peor; no se la devuelvo a ustedes.

Los Morange reían entusiasmados. Mateo, que la conocía, la miraba con estupor. ¡Cuántas veces en la intimidad de su pasión corta y violenta, le había dicho pestes de los chiquillos que, en su sentir, sólo sirven para aguar todo placer, para inutilizar a las mujeres! No nacían sino para marchitar y deformar a sus madres, para hacer de ellas un objeto repugnante para los hombres. Desde que un embarazo, interrumpido afortunadamente por un aborto, le había dado el primer aviso,

30839

no era sino una amorosa exasperada, dispuesta al crimen, si fuese preciso, para suprimir al hijo que todo lo embrolla.

Al sentir la mirada de estupefacción de Mateo, se rió y llegó a decir en su ironía:

—¿No es verdad? Hace poco que se lo decía a Mateo. Desde que estoy viuda trato de consolarme como puedo de la idea de que no he de tener ya un niño.

Y de nuevo sintió Mateo pasar sobre su rostro la llamarada que le había quemado antes, pues comprendió lo que quería decir, las voluptuosidades infecundas que le prometía. ¡Ah! poder entregarse sin freno, sin límite, a todas horas, únicamente por el placer que se experimenta.

Reina, la miraba extasiada, como una mujercita ya coqueta, halagada por las lisonjas de una señora tan bella.

Vibrante de vanidad, satisfecha, se echó en sus brazos.

—¡Cuánto amo a usted!—exclamó.

Los Morange acompañaron hasta la escalera a la baronesa de Lowicz, que salía seguida de Reina y no hallaban palabras bastante cariñosas para dar las gracias por aquella atención.

Luego, cuando hubieron cerrado la puerta, Valeria, lanzándose al balcón, exclamó:

—¡Vamos a ver como salen!

Morange que no se acordaba de que había dado ya la hora del trabajo, se repechó junto a su mujer y obligó a Mateo a que mirara también. Abajo había una victoria reluciente y correcta, con un cochero soberbio que permanecía inmóvil como una estatua. Aquello acabó de entusiasmar al matrimonio. Y cuando Serafina, después de haber hecho sentar a Reina, se sentó a su lado, se echaron a reír de alegría.

—¡Qué linda es! ¡qué dichosa!

Reina en aquel instante, debió tener la sensación que la miraban y levantó la cabeza sonriendo y saludando. Serafina hizo lo mismo, en tanto que el caballo, al trote largo, doblaba la esquina.

—Mírenla, mírenla,—decía Valeria.—¡Es tan pura! A los doce años, tiene aún la inocencia de un niño de pecho. Ya sabe usted que no la confío a nadie... Parece una duquesita que siempre haya tenido coche.

Morange volvió a acariciar su sueño de fortuna.

—Espero que cuando la casemos tendrá uno... Deja que entre en el Crédito Nacional y cuanto desees se realizará.

Y volviéndose hacia Mateo:

—Vea usted, querido; ¿no sería un crimen tener otro hijo? Ya somos tres, y el dinero cuesta mucho de ganar... Todo se reduce a ir con cuidado cuando llega el momento de los besos. Y eso no impide que nos adoremos, ¿verdad, Valeria?

III

Por la tarde, en la fundición, Mateo, que quería salir antes que los otros días a fin de pasar a ver el casero, estuvo de tal modo ocupado, tanto lo marearon con encargos y consultas que apenas vió a Beauchéne. Alegróse de ello, porque, después de la escena presenciada sin intención ninguna en el taller de mujeres, temía que su primo se sintiera violento en su presencia. No fué así. Jamás se había mostrado Beauchéne más activo ni más emprendedor.